

Uno de los méritos de Joaquín Hernández Galicia, el cacique del sindicato petrolero, mérito cantado por sus panegiristas a sueldo, es que, como blanco, "abarató la vida". Las tiendas de la sección Uno del sindicato, en Ciudad Madero, son como representación de una Arcadia feliz que, tan pronto como pueda, extenderá Hernández Galicia a todo el país, pues todo el problema nacional se reduce a que los mexicanos no disponen de perejil a precios decentes. Hay que cultivarlo, a base de trabajo gratuito —voluntario, dicen los propagandistas—, pues la independencia comienza por el estómago. "Primero es la panza", ha preconizado Rius, a quien el otro día confundí, para su desdoro, con Efrén al atribuirle un cartón que no hizo el michoacano. "Primero es la panza", piensa también Hernández Galicia. Y hace radicar su revolución obrera en la apertura de tiendas bien surtidas donde los petroleros, y todo maderense o tampiqueño que quiera, puede comprar más barato que en ninguna parte.

Pero, entonces, ¿por qué los vales amarillos? La puntual pluma de Luis Suárez nos entregó (el lunes 12, en estas páginas) un fiel retrato de Hernández Galicia, firmando vales amarillos. Se trata de documentos, autorizados por él, que permiten a los trabajadores obtener anticipos de salarios. Quien dice anticipo dice insuficiencia, dice desorganización, dice necesidad. Quien dice autorización dice poder sobre el hambre de esos trabajadores a quienes uno supondría habitantes dichosos de esa idílica región donde nada falta, porque todo lo provee la sección Uno, o personalmente el señor Hernández Galicia, presente en la vida de los petroleros tan arraigadamente que ninguna pareja que quiera tener fiesta de boda puede prescindir de él. ¿Le hace falta la rondalla sindical, o un padrino de lazo para su ceremonia nupcial a la feliz pare-

De Merino a Hernández Galicia

18-SEPT-1983

Miguel Angel Granados Chapa

ja? Que aleje de sí toda preocupación. Allí está, para suministrarlo todo, ese Padrino, no el que Mario Puzo imaginó, sino magro y con antiparras, enemigo de secretarios de Estado a quienes manda provocar por ver si caen en el garlito. Ni siquiera hay que preguntar con qué autoridad formal firma él esos vales. Es no más porque sí.

Hernández Galicia, el cacique bueno del sindicato petrolero, según lo visualiza su creatura Salvador Barragán Camacho, y éste mismo, quieren jugar, en septiembre, a que son representación de la Patria. Todo cuanto los exhiba es una agresión a los valores por los que Hidalgo ofrendara su vida en 1811. Denunciar la corrupción, y hacerla recaer de modo central en el sindicato petrolero, es según su razonamiento amplificado por sus voceros, incurrir en agravios a la nación, significa una tentativa por minar las bases de la resistencia nacional. A esos traidores, por consecuencia, hay que combatirlos de todos modos, donde quiera que se hallen.

Se asemejan, en eso, a su amigo Jorge Díaz Serrano, que tantas prebendas les regaló durante su quinquenio. En la Cámara de Diputados, ante su desafuero inminente, Díaz Serrano quiso prevenir al sistema contra sus enemigos. Son

ellos, los enemigos del sistema, los que quieren su perdición, como buscan ahora la de esos otros patriarcas que se llaman Hernández Galicia y Barragán Camacho. De nada sirvió al ex director de Pemex su fantasioso alegato. Hoy está en la cárcel, y contra él se agregan, cada día, nuevas pruebas, que en último término aclaran que mintió siempre, a sus superiores, a las instituciones y al país entero, al ocultar sus bienes, al decir que no era dueño de lo que sí era dueño.

El ejemplo de su amigo el ex director de Pemex debiera estar presente en el ánimo de Hernández Galicia. O el de Jaime J. Merino. Este, un jalisciense tan emprendedor como el sonorense Díaz Serrano, construyó en casi veinte años un imperio en Poza Rica. Superintendente de Pemex en la región, él promovió que Pedro Vivanco, líder a su servicio, estableciera su predominio sindical a las órdenes del propio Merino. El derramamiento de sangre, en la Poza Rica de donde a últimas fechas era alcalde Oscar Torres Pancardo, cuya familia susurra sus sospechas y temores, acallados por la presencia permanente de guaruras a su alrededor, no fue extraño al cacicazgo de Merino quien por no conocer límites, los traspasó en la mañana de octubre de 1956, que poco tiempo después le costó ir a refugiarse a California, al calor de su pariente, ese otro prócer de la política llamado Richard M. Nixon.

"En mi gobierno no habrá lugar para ladrones ni Merinos", anunció López Mateos al inicio de su administración. Hubo sitio, sin embargo, para Gutiérrez Roldán, en la dirección de Pemex, y para Hernández Galicia en el liderazgo sindical. ¡Cuánta falta hace que los trabajadores de Petróleos Mexicanos, cuya vida está regida hasta en minucias cotidianas por la omnipresencia caciquil, puedan lanzar ellos mismos una proclama semejante con mayor eficacia!